

# GORE VIDAL



# ROMPER



*Novela*



Aaron Burr (1756-1836), el protagonista de esta novela, fue un personaje realmente extraordinario: héroe de la Revolución norteamericana, prestigioso abogado en Nueva York y Don Juan empedernido, ocupó el cargo de vicepresidente de Estados Unidos bajo la presidencia de Thomas Jefferson, mató a su mayor rival político —Alexander Hamilton— en un duelo y fue acusado de traición cuando Jefferson proclamó que intentaba levantar un imperio personal en los territorios del Oeste. La novela está escrita en forma de memorias, en parte por el mismo Burr al final de su larga vida, y en parte por un joven periodista en el que Burr confía. Aunque esas memorias de Burr y el mismo periodista nunca llegaron a existir, los hechos descritos corresponden a la realidad: los retratos de los personajes más importantes de la obra —Washington, Jefferson, Hamilton, Jackson, Lafayette— están trazados, en efecto, a partir de sus propias palabras y de las observaciones de sus contemporáneos. Como consecuencia, «BURR» es una novela que participa tanto de la realidad histórica como de la ficción, describiendo con fidelidad y agudeza las interminables luchas e intrigas de esa nueva nación que era Estados Unidos.

El mismo Burr es un carácter fascinante, complejo y ambiguo, al que unos consideraban un sospechoso traidor mientras otros le veían como uno de los más brillantes, heroicos y pintorescos de aquellos hombres que forjaron Estados Unidos. Las escenas están trazadas con una fuerza y nitidez poco comunes; las intrigas políticas son tan auténticas que incluso llegan a parecer actuales; los caracteres, en fin, son tan vivos y fascinantes como debieron serlo en su época. «BURR» es una de esas extraordinarias y poco frecuentes novelas históricas que sólo están al alcance de los grandes escritores; una obra que logra recrear con sorprendente ori-

ginalidad los años más significativos de todo un período de la historia de Estados Unidos.

*A mis sobrinos Ivan, Hugh y Burr*

1833

## UNO

Crónica especial para el *Evening Post* de Nueva York:

Poco antes de la medianoche del 1 de julio de 1833, el coronel Aaron Burr, de sesenta y siete años, contrajo matrimonio con *Eliza Jumel*, nacida Bowen cincuenta y ocho años antes (probablemente sesenta y cinco, pero debe recordarse que es propensa a querellarse). La ceremonia tuvo lugar en la mansión de Madame Jumel, en Washington Heights, y fue oficiada por el doctor Bogart (más tarde daré su nombre de pila). Asistieron la sobrina de Madame Jumel (según algunos hija suya) y su marido, Nelson Chase, abogado de la firma del coronel Burr en Reade Street. Era el segundo matrimonio del coronel, que medio siglo atrás se había casado con Theodosia Prevost.

En 1804, el coronel Burr —a la sazón vicepresidente de los Estados Unidos— mató de un disparo al general Alexander Hamilton, en el curso de un duelo. Tres años después de este lamentable incidente, el coronel Burr fue arrestado por orden del presidente Thomas Jefferson y acusado de traición por haber intentado dividir los Estados Unidos. Un tribunal presidido por el juez John Marshall declaró inocente del cargo de traición al coronel Burr, aunque culpable del delito de intentar una invasión del territorio español con el objeto de erigirse emperador de México.

La nueva señora Burr es viuda de Stephen Jumel, comerciante de vinos, y, según rumores, es la mujer más rica de la ciudad de Nueva York, tras haber comenzado su carrera, humilde aunque sin duda alegremente, en un burdel de Providence, en Rhode Island...

\* \* \*

Me siento incapaz de encontrar el tono adecuado, pero, puesto que William Leggett me ha invitado a escribir sobre el coronel Burr para el *Evening Post*, debo incluirlo todo y aguardar su respuesta. «Tengo la impresión —dirá tragando una bocanada de aire— de que el director administrativo no autorizará ninguna alusión a lo que él denomina “una casa de lenocinio”».

Bien, los eufemismos pueden surgir más tarde. Luego, misteriosamente, Leggett ha mostrado un repentino interés por el coronel Burr, aunque su director, el señor Bryant, considera a mi personaje «desagradable. Como tantos hombres del siglo pasado, no respetó la virtud de las mujeres».

Pero, como yo soy más joven que el señor Bryant, juzgo que lo «desagradable» del coronel Burr forma un buen contraste con el tono hipócrita de nuestra época. El hombre del siglo XVIII no era como nosotros, y el coronel Burr es un hombre de ese siglo, vital y dinámico, con una nueva esposa en Haarlem y una antigua amante en Jersey City. Es un hombre perfectamente encantador y fascinante. En síntesis, un monstruo. ¿Para ser destruido? Creo que eso es lo que piensa Leggett. Pero, ¿lo pienso yo?

Ahora estoy sentado bajo los tejados de la mansión Jumel. Todos duermen... excepto tal vez los recién casados. Sombrío pensamiento el de toda esa carne vieja reunida. Lo barro de mi cabeza.

El día sorprendente comenzó cuando el coronel Burr salió de su despacho y me pidió que le acompañase al City Hotel, donde debía encontrarse con un amigo. Como de costumbre, se mostró misterioso. Logra que hasta la visita al barbero parezca una conspiración para derrocar el Estado. Caminando por Broadway, casi saltaba a mi lado, sin rastro alguno del ataque que lo semiparalizó hace tres años.

En la esquina de Liberty Street, el coronel se detuvo para comprar una manzana almibarada. La vendedora lo conocía. Todos los neoyorquinos de edad avanzada lo conocen de vista. La gente común le saluda afectuosamente, aunque el grupo de respetables tiende a ignorarlo, y no es que él les dé muchas oportunidades, ya que, por lo general, camina con los ojos bajos o fijos en quien lo acompaña. Pero no deja de verlo todo.

—¡Para el coronel en persona y sin un solo gusano!

Evidentemente, se trataba de una broma entre Burr y la anciana vendedora. Éste le dirigió la palabra con afecto.

Los hombres de negocios que caminan apresuradamente por Wall Street le echan una rápida mirada y luego apartan los ojos. Burr simula no percibir la sensación que su presencia física todavía promueve.

—Charlie, ¿estás libre para una aventura nocturna? —murmuró.

Faltan piezas en su dentadura y el almíbar no le ayuda a conservarla.

—Sí, señor. ¿Qué tipo de aventura?

Los grandes ojos negros me lanzaron una picara mirada.

—La mitad de la diversión de una aventura reside en el factor sorpresa.

Un ómnibus se detuvo ante las puertas del City Hotel; los caballos relincharon, orinaron y resollaron. Hombres macizos y prósperos convergieron en el hotel, pues la puesta del sol es el momento del día en que se reúnen, chismean, beben... y luego se van a casa caminando porque resulta más rápido que hacerlo en carruaje. La actual parte baja de Broadway queda bloqueada por la circulación a esta hora y todos caminan; incluso es posible ver arrastrándose por esta calle al decrepito John Jacob Astor, como un viejo caracol cuyo rastro viscoso fuese el olor del dinero.

En vez de entrar en el hotel, el coronel (¿ahuyentado por un grupo de caciques de Tammany de pie ante el umbral?) caminó hacia el cementerio de Trinity Church. Sumi-



samente, lo seguí. Siempre soy obediente. ¿Qué otra cosa puede hacer un empleado poco eficaz de una firma jurídica? Aún no comprendo por qué, en vez de despedirme, sigue teniéndome en su firma.

—Conozco, íntimamente, a más personas de este encantador cementerio que las que suelen circular por toda Broad Way.

Burr bromea con todo; su actitud difiere totalmente de la que adoptan los demás. ¿Siempre fue así o es que los años de exilio en Europa lo hicieron distinto a nosotros? ¿O es que, pensándolo bien, han cambiado los modales de los neoyorquinos? Sospecho que de esto se trata. Pero si le resultamos extraños, es demasiado amable para decirlo mientras siga viviendo entre nosotros; es astuto el hombre.

En la penumbra del cementerio, Burr parecía el demonio, suponiendo que éste no mida más de un metro sesenta y ocho (dos centímetros menos que yo), sea esbelto, tenga pequeños los pies (¿pezuñas?), una frente despejada (a la tenue luz crepuscular creo ver unos cuernos rudimentarios), sea calvo a partir de las sienes y ordene los cabellos en un copete, descuidadamente empolvado a la vieja usanza y mantenido en su lugar con un peine de concha. Detrás de Burr, hay un monumento erigido en memoria del hombre que él mató.

—Quiero que me entierren en el Princeton College. Pero no tengo prisa. —Miró la tumba de Hamilton. Ningún cambio en su expresión ni en su voz cuando preguntó—: ¿Conoces las obras de sir Thomas Browne?

—No, señor. ¿Es uno de sus amigos?

Burr se limitó a sonreír sarcásticamente, con un pedacito de piel de manzana, rojo como sangre seca, en el incisivo que le queda.

—No, Charlie. Tampoco estaba presente cuando Aquiles se ocultó entre las mujeres.

No sé a qué se refería, pero yo lo registro todo. Movidio por una sugerencia de Leggett, he decidido consignar una

crónica minuciosa de la conversación del coronel.

—Siempre he preferido las mujeres a los hombres. Considero que esto me clasifica como un ser aparte, ¿no te parece?

Como sabía exactamente lo que él quería decir, asentí. Los caballeros de Nueva York pasan mucho más tiempo entre hombres, en bares y tabernas, que en compañía mixta. Últimamente, les ha dado por crear clubs exclusivamente masculinos.

—No puedo, lisa y llanamente, pasar sin la compañía de una mujer.

—Pero usted no ha tenido esposa...

—Desde antes de que tú hubieras nacido. Pero tampoco me ha faltado... amable compañía.

Sonrió ligeramente y, de pronto, en la penumbra, pareció un travieso muchacho de catorce años. En seguida retornó a su proverbial yo, lleno de dignidad salvo por ese curioso e inesperado ingenio. Siempre me perturba su lucidez. Nosotros no queremos que los mayores nos superen en agudeza. Ya es bastante malo que ellos hayan llegado primero y conquistado las mejores posibilidades.

—Luego, en el hotel, nos encontraremos con mi viejo amigo el doctor Bogart. Ha alquilado un carruaje. Desde allí nos trasladaremos a Haarlem Heights... o *Washington Heights*, como creo que lo llaman ahora. —Una sonrisa fugaz—. ¿Acaso hay un nombre mejor que «Washington» para una colina norteamericana?

Ya he tomado algunas notas acerca de la opinión de Burr sobre el general Washington. Desgraciadamente, sus comentarios son crípticos y rara vez dice algo más que frases como: «¡Qué suerte que nuestro primer presidente fuese agrimensor!». Sabe tanto y dice tan poco... Bien, yo he decidido saber lo que él sabe antes del fin.

A Burr le encantan las inscripciones de las tumbas.

—Elizabeth! ¡Increíble! No me había enterado de su muerte —se acomodó sus gafas octogonales—. Murió en

1810. Esto lo explica todo. Yo todavía estaba en Europa. Fugitivo de la injusticia —Burr se quitó las gafas—. Como diría Jeremy Bentham, su fecha de nacimiento ha sido minimizada. Era mayor que yo y... ¡hermosa! Hermosa, Charlie —Burr se colocó las gafas sobre la frente. En los árboles del cementerio, los pájaros parloteaban mientras el tráfico de Broadway pasaba por su peor momento, el más sonoro, chirriante y relinchante—. Sé que estás escribiendo acerca de mi aventurera vida.

Quedé sorprendido y lo mostré. Mi rostro lo revela todo; siempre ha sido así. Carezco de estratagemas. Debo intentar aprenderlas.

—Te he visto tomando notas. No te enojas, no me molesta. Si no fuese tan perezoso, yo mismo emprendería esta tarea, puesto que ya he hecho una parte.

—¿Unas memorias, acaso?

—Algunos fragmentos. Siento él enorme deseo de contar la verdadera historia de la Revolución antes de que sea demasiado tarde, aunque quizás ya lo sea, puesto que la leyenda de aquellos días parece haber sido fundida en plomo, a juzgar por los textos escolares. Es realmente pavoroso cómo se equivocan con todos nosotros. ¿Por qué ves tan a menudo al señor Leggett, en el *Evening Post*?

Literalmente, tropecé debido la rapidez de su acometida; era una de aquellas estocadas por las que suele ser felicitado durante los interrogatorios judiciales.

El anciano me ayudó a recuperar el equilibrio.

—Le visito —balbucí— porque le conozco desde mi estancia en Columbia. Solía ir allí para charlar de literatura y de periodismo. Pensé que, quizás, como carrera, podía escribir para la prensa antes de ocuparme de asuntos legales...

Burr debió obtener de mí lo que buscaba porque cambió de tema mientras salíamos del cementerio y nos internábamos en Broadway, donde ya se encendían los blancos faroles resplandecientes y sibilantes. Los transeúntes arroja-

ban oscuras sombras vacilantes. Me estremecí repentinamente, pues pensé en fantasmas. Después de todo, ¿acaso no estaba yo con uno que hasta ese momento se había negado a ser enterrado?

—Cuando veas nuevamente al señor Leggett, dile que admiro mucho sus editoriales sobre la negativa de un Estado en cuanto al acatamiento de las leyes federales. Yo también soy un jacksoniano y me opongo a esto.

Una pista. Recientemente, Carolina del Sur no sólo había afirmado que tenía el «derecho» a no acatar las leyes federales, sino incluso el de anular, si era desafiada, su relación con la Unión. Por cierto, si el coronel Burr hubiese deseado separar los estados del oeste de los del este (como todos creen), hubiese favorecido la *Nullification Act* de Carolina del Sur. Pero no es así. O él dice que no es así. Burr es un laberinto. No debo errar la senda.

Burr me condujo hasta el atestado bar del City Hotel donde bebió abundante vino de Madeira (raro en él, pues su única debilidad es el tabaco) hasta la llegada del doctor Bogart, un blanco y delgado anciano con cara de papagayo y modales muy peculiares.

Burr se mostró exhuberante, alegre. Aún ignoro el motivo.

—¡Dominie, has llegado tarde! No hay disculpas. ¡Debemos partir en seguida! La marea está en su punto más alto.

Apoyó la copa. Hice lo mismo y advertí que los caballeros de la mesa más cercana se estiraban para escuchar nuestra conversación. Tarea nada fácil, si consideramos el estruendo de voces masculinas que llenaba la humosa sala, además de los golpes del tabernero que partía hielo a martillazos.

—¡Oh! —Burr caminó apresuradamente hacia la puerta, provocando la dispersión de una bandada de abogados, algunos de ellos respetuosamente inclinados en señal de reconocimiento—. Caballeros, hacia Heights. ¡A Heights! —palmoteo—. ¿A dónde íbamos a ir, sino?

## DOS

No estoy acostumbrado a viajar de noche. Estar enjaulado en un carruaje en la oscuridad es como hallarse completamente aislado del mundo ordinario. Inexistente pero dolorosamente consciente de la inexistencia a causa del golpeo de los cascos de los caballos, el chirrido de los arneses, los insultos del cochero y, esta noche, por una oculta media luna blanquecina que ha privado de color al mundo, haciendo que árboles y campos se despojen de sus verdes, se vuelvan negros, blancos, platinando toda la naturaleza. Por un rato, pensé que estaba muerto.

Desde luego, los dos ancianos sentados frente a mí no disipan semejante estado de ánimo.

—¿Aquella no fue la casa de Wentworth, la granja de las tres chimeneas? —preguntó Burr.

—No, coronel —respondió el doctor Bogart—. Ésa era la casa del holandés. Usted conoce su apellido. El de la esposa calva que se ahogó en Fishkill, allá por el setenta y dos o setenta y tres.

¿A su edad seré como ellos? ¿Hablaré de espantosos lechos mortuorios y de trivialidades? Pero yo tendré una vida breve, según lo que me dijo una vez el adivino italiano de Castle Garden. No habrá ancianidad locuaz para mí.

Entretanto, en el interior del carruaje practiqué no ser nada y logré durante un buen rato la perfección de la nada, del cero. Pero me engañé, pues pensé en el futuro, analicé la incubación de ese cero que ahora me contiene y que cuando se abra, ¡oh, el mundo sabrá que Charlie Schuyler ha sido sumado a éste! ¿Por qué escribo en términos matemáticos? Aún debo aprender toda la tabla de multiplicar y me perturbo ante una difícil división.

Como suele decirme Leggett: ¡Describe! ¡Describe! De acuerdo.

Atravesamos puertas abiertas. ¿De piedra? ¿De madera? No podría asegurarlo. Descendimos por un sinuoso camino para carruajes. Altos árboles negros. El río a distancia. Luz sobre las aguas como plata empañada (no puedo hacerlo mejor, más tarde volveré a intentarlo). Luego, la oscura masa de la mansión. Luces resplandecientes en todas las ventanas. ¿Una fiesta? No. Burr nos hubiera hecho vestir para tales circunstancias. Pero si no se trata de una fiesta, ¿por qué la iluminación? Ni siquiera madame Jumel, rica como es, ilumina todas las habitaciones para festejar la llegada de la medianoche.

El carruaje se detiene ante la puerta principal. Un lacayo negro aparece en un lado de la casa. Nos apeamos. Escalones hasta un porche con columnas (hay una galería en el primer piso). La casa es enorme, se extiende a ambos lados y sugiere todo tipo de alas, gabletes y sótanos inesperados. Fue construida antes de la Revolución por un tory llamado Morris. Posteriormente, fue confiscada por el Estado. Cuando la mansión era una posada popular, mis padres solían pasar los domingos en ella. Luego, Stephen Jumel la compró para su nueva esposa y ex amante Eliza Bowen (o algo semejante), de Providence, Rhode Island.

La puerta principal se abre, rectángulo de doradas luces festivas. Un mayordomo corpulento nos da la bienvenida. El coronel Burr entra rápidamente. Asisto al pesado doctor Bogart: débil de piernas, se tambalea como un borracho. Ahora hacia la historia... cambio de tiempo verbal.

Entramos en el salón principal en el momento oportuno para ver al compañero de baile del coronel Burr (¿o el de madame Jumel?).

En el extremo de un amplio salón de entrada, lleno de candelabros, se hallaba madame en persona, ataviada con lo que parecía ser un traje francés de noche. Suntuoso, pienso, es la palabra. Una mujer imponente con grandes

cuencas que contenían pequeños ojos grises; boca diminuta, mandíbula cuadrada. Llevaba varias joyas centelleantes. Sí, debió de ser un vestido de noche (más tarde, ella explicó que era francés), de estilo aún desconocido para el Nueva York aldeano, o bien conocido y desechado. Probablemente lo primero. Rara vez veo de cerca a la clase pudiente.

—¡Coronel Burr! ¡Señor, no lo esperaba!

Aquéllas fueron las primeras palabras que ella le dirigió. Todavía resonaba su eco en el salón mientras yo empujaba al doctor Bogart hacia un criado de librea que no nos prestaba atención, ya que estaba, como nosotros, atento a la señora de la casa, la cual parecía dispuesta a volar, una mano en la baranda de la escalera y la otra sobre el corazón.

—Mi querida madame, aquello contra lo que ayer la previne ha ocurrido.

Burr galopó por el salón hacia la rubia *Eliza* que, al tener que elegir entre una retirada hasta la gran sala que estaba a sus espaldas o la seguridad de las habitaciones del piso superior, se deslizó hacia el primer peldaño de la escalera, todavía aferrada a la baranda.

—¿De qué se trataba, coronel? No recuerdo ninguna advertencia.

—Madame —Burr tomó la mano con la que ella protegía el corazón. Ella se rindió de mala gana—. He venido, como prometí, con un clérigo. Con el doctor Bogart.

—Es un gran honor, señora Jumel... —comenzó a decir el doctor Bogart.

Burr habló en su nombre:

—Y un testigo. Charles Schuyler, de mi firma...

El ilustre apellido neoyorquino distrajo a madame por un momento.

—¿Schuyler?

Antes de que pudiera decirle que yo no era uno de los Schuyler, el coronel se hizo dueño de la situación, así como